

NEW LEFT REVIEW 121

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO - ABRIL 2020

EDITORIAL

SUSAN WATKINS La década de la crisis británica 7

ARTÍCULOS

R. TAGGART MURPHY Japón: preservar el privilegio 25

FRANCO MORETTI ¿Alegorizar siempre? 63

MICHAEL BURAWOY Historia de dos marxismos 76

DYLAN RILEY Réplica a Burawoy 113

ZEP KALB Y
MASOUMEH HASHEMI Los Universal Studios
de Teherán 123

CRÍTICA

ROB LUCAS El negocio de la vigilancia 149

EMILIE BICKERTON La Nueva Ola de Hollywood 161

JACOB COLLINS Travesías del Rin 171

WWW.NEWLEFTREVIEW.ES

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO
25M
DEMOCRACIA

ts
d traficantes de sueños

[SUSCRÍBETE](#)

PRIVILEGIO PRESERVADO

Crisis y recuperación en Japón

EL COLAPSO FINANCIERO internacional de 2008 golpeó con dureza a Japón. Si bien es cierto que el sistema bancario del país estaba bastante bien aislado y a salvo de los peores trastornos, la posterior recesión mundial arrastró consigo a la economía japonesa. Las instituciones encargadas de velar por la seguridad económica, que habían venido comprando la paz política durante medio siglo, comenzaron a desmoronarse visiblemente, y el electorado respondió barriendo del poder, por primera vez desde su fundación en 1955, al Partido Liberal Democrático gobernante. Sin embargo, una década después, el PDL vuelve a estar al mando del país sin ningún desafío político serio en el horizonte. El populismo de derecha e izquierda que ha sacudido Europa y Estados Unidos no se ve por ninguna parte y, si bien la economía puede no ser lo que fue en los días del «milagro japonés», tampoco ha salido muy mal parada, sobre todo si la comparamos con las de sus homólogos, Alemania, Francia y Gran Bretaña. Esto es digno de mención, si tenemos en cuenta que en 2011 Japón sufrió un terremoto-tsunami de tal magnitud que ha sido considerado el desastre natural más caro de la historia, un cataclismo que afectó a las plantas nucleares que venían cubriendo un tercio de las necesidades energéticas del país. ¿Qué es lo que ocurrió –o tal vez, dejó de ocurrir– que permitió a Japón salir relativamente indemne y sin cambios de estos desastres naturales y de factura humana?

Para responder a esta pregunta, deberíamos empezar por detener nuestra mirada en la gente que dirige Japón. A tal efecto, puede ser ilustrativo tener en cuenta el comentario de Orwell sobre el estrato superior del Reino Unido:

Una cosa que siempre ha demostrado que la clase dirigente inglesa es razonablemente sana desde el punto de vista *moral* es que en tiempos de guerra están lo bastante dispuestos a dejarse matar [...]. Eso no podría suceder si estas personas fueran los cínicos sinvergüenzas que a veces declaran ser. Es importante no malinterpretar sus motivos, o de lo contrario no se podrán predecir sus acciones. Lo que se espera de ellos no es traición o cobardía física, sino estupidez, sabotaje inconsciente, un instinto infalible para hacer lo incorrecto. No son malvados, o no del todo malvados; son simplemente incorregibles¹.

La clase dirigente de Japón, a diferencia de sus homólogos estadounidenses –y seguramente también de sus homólogos europeos– sigue siendo «razonablemente sana» desde el punto de vista *moral*. Sus miembros viven vidas acomodadas en lo material, pero no capturan la política y las finanzas de su país para desviar ríos de dinero a sus bolsillos. No se deleitan con obscenas demostraciones de riqueza; no se encontrarán en Tokio nuevos núcleos de rascacielos, al estilo de los de Nueva York, desde donde los ricos se enseñorean sobre todos los demás. Como los padres de clase alta de todas partes, los responsables políticos japoneses se obsesionan con la titulación de sus hijos y desembolsan fajos de yenes para clases particulares y en escuelas de enseñanza intensiva. Pero, en última instancia, o bien el/la joven pasa el examen de ingreso o bien lo suspende, porque con donaciones a la Facultad de Derecho de la Universidad de Tokio sus padres no podrán comprar sus carreras a través de las puertas oficiales y hacia la elite gobernante². La gente que dirige Japón se considera a sí misma como genuinos patriotas y, por lo general, actúan como tales. Muchos son descendientes directos de aquellos samuráis que constituían la clase dirigente *de jure* de Japón en la era premoderna, y que fueron eficazmente convertidos en burócratas por el *shogunato* Tokugawa (1603-1867). Con una excepción significativa, los burócratas han gobernado el país desde entonces. «Samurái» significa literalmente «el que sirve», y el

¹ George Orwell, *The Lion and the Unicorn: Socialism and the English Genius*, Londres, 1941; ed. cast.: *El león y el unicornio y otros ensayos*, Barcelona, 2010.

² Tampoco hay ningún atajo que pase por el extranjero capaz de evitar estas puertas. Incluso los descendientes de las dinastías que han controlado en gran medida la política electoral de Japón desde 1945 –los Abes, Hatoyamas, Koizumis, Fukudas, Asos– tienen que ir a la universidad *en Japón*. A diferencia de sus homólogos en los principales Ministerios y en las juntas directivas de los bancos y corporaciones del *establishment*, ellos no necesitan títulos de las mejores escuelas (el primer ministro Shinzō Abe, por ejemplo, se graduó en la Universidad de Seikei, que es donde suelen estudiar los niños ricos que no son lo suficientemente inteligentes para aprobar los exámenes de ingreso de la Universidad de Tokio), pero sí tienen que tener títulos de universidades japonesas. Esto ayuda a explicar por qué los gobernantes japoneses, a diferencia de sus correligionarios en China, India u Oriente Próximo, no envían a su prole a esos pretenciosos internados suizos o ingleses.

samurái de hoy (si se quiere, los burócratas de los Ministerios principales, los altos ejecutivos de bancos y corporaciones del *establishment*, etcétera) heredó la obsesión por la reputación y el desprecio por los ostentosos valores comerciales por los que se guiaron sus ancestros institucionales (y, en muchos casos, también biológicos)³.

La ruptura del régimen burocrático duró desde 1868, cuando un pequeño grupo de samuráis de menor rango provenientes del oeste de Japón, descontentos, dieron un golpe de Estado, hasta la década de 1920, cuando los últimos de ellos murieron. Durante ese periodo, estos samuráis convertidos en oligarcas gobernaron el país. Todo el mundo sabía quiénes eran. Controlaban las principales instituciones políticas –ministerios, partidos políticos, el poder legislativo (la Dieta), el ejército, la marina y la policía– y, junto con sus aliados, poseían y controlaban la mayoría de las instituciones económicas importantes, incluidos los grandes conglomerados económicos o *zaibatsu*. La desaparición de los oligarcas condujo al resurgimiento del gobierno burocrático y a las mortales luchas de poder entre las burocracias en competencia. Las vencedoras, como era de esperar, terminaron siendo las burocracias que disponían de medios de coacción: el Ejército Imperial y el Naimushō (Ministerio del Interior), que dirigía la policía. Pero su triunfo no fue total. El Ejército nunca logró, por ejemplo, poner a la Marina bajo su mando, con resultados desastrosos para los esfuerzos de Japón en la Segunda Guerra Mundial. La acumulación de capital siguió estando en parte en manos privadas.

Fueron necesarios los impactos gemelos de la devastación de la guerra y de la ocupación estadounidense para completar la burocratización del alto mando de la economía de Japón. A finales de la década de 1940, la riqueza heredada del país había sido en gran parte destruida. Lo que la Fuerza Aérea de Estados Unidos no había aniquilado, los funcionarios de la ocupación estadounidense, rehenes de la noción no corroborada de que una alianza capitalista-militarista había llevado a Japón a la guerra, lo expropiaron a través de reformas agrarias, además de abolir los títulos nobiliarios y despojar a las familias fundadoras de *zaibatsu* de sus propiedades. El capital social de la elite permaneció no obstante intacto y, hasta el día de hoy, las personas que constituyen esa elite legan su

³ Hay un estudio interesante que rastrea la supervivencia de los samuráis y de la nobleza de la era Meiji en las capas superiores de la elite japonesa contemporánea: Gregory Clark y Tatsuya Ishii, «Social Mobility in Japan, 1864-2012: The Surprising Persistence of the Samurai», University of California, Davis, 2012.

capital social a través de los hábitos que inculcan a sus hijos: trabajo duro, respeto a la educación, desdén por la ostentación y una devoción palpable al interés nacional, tal y como ellos lo conciben. Esto explica en parte por qué estos altos funcionarios y hombres de empresa no tienen ninguna madriguera o refugio en Vancouver, Sídney o Londres; por qué mantienen su dinero dentro del sistema bancario de su país; por qué probablemente estarían aún «lo bastante dispuestos», según la frase de Orwell, a dar su vida (o las de sus hijos) por su país, aunque no se les haya pedido que lo hagan desde hace unos aproximadamente setenta y cinco años. Entregan sus vidas personales –familia, pasatiempos– a lo que entienden que es el bien de su país, pasando largas y agotadoras horas en oficinas espartanas a cambio de modestos cheques de pago (aunque con la promesa de bienestar y prestigio en sus últimos años). El hecho de que confundan los intereses de su clase con los de su país apenas los diferencia de otras elites, y no los hace «moralmente inadecuados» o «malvados». Puede, sin embargo, hacerlos *incoregibles*.

Aunque la ocupación estadounidense había destruido el ejército japonés y roto el *Naimushō*, dejó a las burocracias económicas (principalmente al Ministerio de Finanzas y al Ministerio de Municiones, rebautizados como Ministerio de Comercio Internacional e Industria) intactas. Con su control del Tesoro y el colapso o la destrucción de tantos centros de poder rivales, el Ministerio de Finanzas terminó preponderando sobre los demás. Los métodos económicos que se habían empleado en la Manchuria colonial dirigida por burócratas en la década de 1930 se adaptaron para aplicarse ahora a gran parte de la economía japonesa. Entre ellos, los principales eran el divorcio entre la propiedad nominal y la toma de decisiones administrativas, el ordenamiento del crédito organizado por el Estado mediante la centralización del sistema bancario bajo una estrecha supervisión del Ministerio de Finanzas y el racionamiento del acceso a los dólares estadounidenses necesarios para las importaciones esenciales. El Ministerio de Finanzas se movilizó para garantizar que los antiguos propietarios de los *zaibatsu* no pudieran recuperar el control por la vía de obligar a los hogares a desembolsar acciones y luego depositar esas acciones en otras empresas y bancos. El resultado de estas participaciones cruzadas fue que las empresas y los bancos terminaron «poseyéndose» unos a otros, lo que se traducía en que nadie poseía realmente nada. Bajo esta estructura institucional, el país emergió en el periodo de posguerra como un «milagro» de industrialización orientada a la exportación, un rápido ascenso en la cadena de valor que se vio

favorecido por el acceso preferencial de Japón a los mercados estadounidenses en calidad de aliado de primera línea de la Guerra Fría⁴.

Un bastión burocrático

El poder del Ministerio de Finanzas nunca ha sido absoluto. No es un comité permanente ni un politburó. Comparte el poder con otros Ministerios importantes, con grandes empresas bien consolidadas, con grupos de presión empresariales como la Keidanren (Federación de Organizaciones Económicas) y con el PDL, fundado en 1955 con dinero de la CIA para evitar el control de la Dieta por parte de los izquierdistas. Con el paso de los años han ido surgiendo otros centros de poder, como los grupos de presión de la construcción y las nuevas industrias fomentadas por la revolución informática, que a su vez han tenido que ser cooptados o neutralizados. Sin embargo, el Ministerio de Finanzas sigue siendo responsable de la elaboración del presupuesto nacional. Directa o indirectamente (a través de su filial, la Agencia de Servicios Financieros), supervisa los bancos, los intermediarios bursátiles y las compañías de seguros del país. Fija los tipos impositivos, recauda los impuestos y, con su control del presupuesto del Banco de Japón y su papel en el nombramiento de sus altos funcionarios, goza de una influencia desproporcionada en la conducción de la política monetaria. Para hacernos una idea de lo que sería el alcance de la supervisión del Ministerio de Finanzas japonés en Estados Unidos, tendríamos que agrupar en una única institución el Departamento del Tesoro, la SEC [Securities and Exchange Commission], la OCC [Office of the Comptroller of the Currency] y el IRS [Internal Revenue Service], junto con gran parte del poder de la Reserva Federal y el de los principales comités del Congreso, incluyendo el Committee on Ways and Means (fiscalidad) de la Cámara de Representantes y el Committee on Banking, Housing, and Urban Affairs del Senado. Eso confiere al Ministerio de

⁴ Una figura clave en la consolidación de la relación con Estados Unidos fue Nobusuke Kishi, zar económico de la Manchuria colonial, ministro de Municiones en el gabinete de guerra de Tojo Hideki, primer ministro a finales de la década de 1950 y abuelo del actual primer ministro, Shinzō Abe. Nobusuke Kishi, un buen amigo del embajador estadounidense antes de la guerra, fue arrestado y encarcelado a su término, pero fue liberado sin cargos. Fue una persona de referencia fundamental, que hizo de puente entre las elites del periodo fascista de Japón y sus sucesores de la posguerra, negociando el acuerdo entre las facciones de la Dieta que crearon el PDL y, como primer ministro, intercambiando la subordinación a los objetivos militares y de la política exterior de Estados Unidos –lo que se tradujo en una red de bases estadounidenses por todo Japón– por la autonomía de la elite en la gestión de los asuntos internos del país (incluido el derecho a levantar barreras a las importaciones de bienes y capital de inversión estadounidenses).

Finanzas el estatus de *primus inter pares* que cualquier institución con el poder de la billetera disfrutará en un determinado escenario político. Y como supervisa y canaliza la sangre vital de las finanzas, de la que dependen los demás elementos, sigue siendo el corazón institucional de la clase dirigente de Japón.

Bajo el acuerdo de la posguerra, la seguridad económica funcionó como el activo fundamental que aseguró y perpetuó la hegemonía de la clase dirigente. Dos nociones con raíces en la economía de preguerra fueron reformadas en las décadas de 1950 y 1960 para proporcionar esa seguridad. La primera era el *seishain*, que se traduce literalmente como «empleado a tiempo completo», pero que básicamente denota un empleo de por vida (para los hombres; la seguridad económica para la mujer japonesa típica solo estaba disponible históricamente a través del matrimonio con un hombre que la tuviera). A menudo utilizado indistintamente con el término japonés-inglés *sarariman* («hombre asalariado»), los protocolos del *seishain* se extendieron a los trabajadores manuales varones a tiempo completo en la década de 1960 después de diez años de luchas, a veces violentas, de la izquierda y de los trabajadores japoneses⁵. En virtud de este acuerdo, las corporaciones prometían seguridad económica de por vida a sus empleados varones a cambio de una completa discreción por parte de los dirigentes empresariales en la gestión del contenido del trabajo. Las empresas no despedirían a un hombre salvo en los casos más flagrantes de insubordinación o vileza moral; el Ministerio de Trabajo y el Ministerio de Justicia hacían cumplir las normas contra cualquier empresa que tuviera la tentación de ignorarlas. Con la excepción de unos pocos sindicatos radicalizados del sector público (el más importante, el de los Ferrocarriles Nacionales de Japón, que siguió haciendo huelgas periódicamente hasta que los ferrocarriles fueron nominalmente «privatizados» en la década de 1980), los trabajadores dejaron de causar problemas.

La segunda noción, crucial para entender los baluartes financieros de la clase dirigente de Japón, era *yoshingendo shoryaku saki*, o «fuera de los límites de crédito». Las instituciones financieras usaban la etiqueta para las empresas que se consideraban más allá del riesgo de quiebra o incumplimiento, y para las que no era necesario, ni siquiera en tiempos difíciles, efectuar un análisis de crédito. Cuando el flujo de caja de las operaciones de la empresa era insuficiente, alguien se aseguraba de cubrir el déficit:

⁵ Véase el indispensable relato de Andrew Gordon, *The Wages of Affluence: Labour and Management in Postwar Japan*, Boston (MA), 2001.

otras empresas del mismo «grupo» empresarial (por ejemplo, Mitsubishi/Sumitomo), la «asociación industrial» (esencialmente, cárteles organizados por burócratas) a la que pertenecía la empresa, o la propia burocracia. Todos los hombres de la clase dirigente eran *seishain* en las instituciones *yoshingendo shoryaku saki*, o sus equivalentes en el sector público; su seguridad económica estaba garantizada. Naturalmente, este tipo de seguridad se extendía más allá de las empresas bien conectadas, y abarcaba a los miembros de la burocracia permanente, a los profesores de las principales universidades⁶ y a los funcionarios de los niveles más bajos de la Administración, incluyendo a los maestros de escuela. Durante la década de 1970 estos protocolos también se aplicaron a muchos otros trabajadores, incluidos los obreros de las grandes empresas, los cuales no podían ser considerados «clase dirigente» desde ningún punto de vista.

Desde la burbuja hasta la implosión

Este pacto social presidido por el Ministerio de Finanzas ha recibido un importante varapalo en los últimos cincuenta años. La primera sacudida se produjo a principios de la década de 1970, cuando el abandono por parte de Nixon del sistema de Bretton Woods, que había permitido a Japón utilizar un tipo de cambio fijo (e infravalorado) para diseñar un crecimiento orientado a la exportación, enfrentó a los gobernantes del país a la necesidad de encontrar motores de reserva para su economía, dada la persistente presión alcista sobre el yen. El ascenso de Kakuei Tanaka, primer ministro entre 1972 y 1974 e indiscutible «pieza clave en la selección de líderes» durante el decenio siguiente, coincidió con la crisis de Bretton Woods (y fue en parte causado por ella). El «estado en construcción» (*doken kokka*) de Tanaka, apoyado incluso por el Ministerio de Finanzas, supuso un estímulo masivo del sector público en forma de proyectos de infraestructura y, con ellos, los inicios de los números rojos que han caracterizado las cuentas públicas desde entonces. Pero si bien el *doken kokka* aportó riqueza –y cierto poder– a quienes no tenían, en lo fundamental no cambió ni la composición ni las prerrogativas de la clase dirigente de Japón⁷.

⁶ Esto incluía a los profesores noveles; una vez contratado por una universidad, un joven académico tiene esencialmente asegurado un ingreso de por vida (el *quid pro quo* reside en el crédito que asumen los profesores mayores por la investigación que en realidad llevan a cabo sus noveles).

⁷ Hayato Ikeda –el mandarín del Ministerio de Finanzas convertido en primer ministro a principios de la década de 1960, que probablemente, más que nadie, merece el título de «padre del milagro económico»– describió una vez a Tanaka

El siguiente varapalo vino con el llamado «Acuerdo del Plaza», el plan de 1985 concebido por el Departamento del Tesoro estadounidense para compensar el daño que la combinación de políticas de Reagan y Volcker de altos tipos de interés y recortes impositivos había infligido a la industria estadounidense⁸. Washington obligó a los japoneses (y a los alemanes) a hacer un esfuerzo coordinado para abaratar el dólar. El Ministerio de Finanzas respondió ingeniándose para llevar al alza los precios de los activos –acciones, bienes raíces, etcétera– para compensar a las empresas japonesas por la carga resultante del inevitable fortalecimiento del yen. Luego, tras el crack de la bolsa de Nueva York en 1987 (que fue una consecuencia directa del fracaso del Acuerdo Plaza a la hora de reducir el desequilibrio comercial bilateral entre Estados Unidos y Japón)⁹, el Ministerio de Finanzas redobló sus esfuerzos de relajación del crédito. Sus medidas dieron como resultado la que fue, en aquel momento, la mayor burbuja de activos de la historia. Ciertamente compartía muchas características con otras burbujas (como la de los tulipanes holandeses, la de las empresas puntocom o la de las hipotecas en Estados Unidos), como, por ejemplo, el completo divorcio entre el «valor» de los activos –alquileres, dividendos– y el flujo de caja que esos activos podían generar, o los niveles masivos de deuda asumidos para comprar dichos activos, deuda que solo podía pagarse vendiendo el activo a un «incauto mayor». Pero había una diferencia crucial: esta burbuja había sido concebida deliberadamente. Desde el momento de su creación, las autoridades del Ministerio de Finanzas pensaron que, una vez alcanzados sus objetivos políticos, podrían controlar su deflación. Sin embargo, una vez que los precios de los activos comenzaron a caer en 1991, el colapso de la burbuja causó daños colaterales masivos, a una escala comparable a la crisis del 2008 en Estados Unidos, aunque en Japón el descenso se produjo al ralentí, en un movimiento lento pero imparabable.

como un «miembro de la clase de los *ricksshaw*». Pero Tanaka no pretendía derribar la estructura de clases de Japón. Más bien, su prioridad era que se aumentara el gasto en ese Japón «del interior» (*ura-Nihon* es el término japonés políticamente incorrecto) que constituía su base política, cosa que logró.

⁸ En pocas palabras, los recortes impositivos provocaron un déficit público sin precedentes en tiempos de paz. Los altos tipos de interés hicieron muy atractivos los títulos del Tesoro de Estados Unidos para los inversores japoneses. El efecto estimulante de los déficits puso dinero en los bolsillos de los estadounidenses, que se gastó en importaciones. La combinación de elevados tipos de interés y un alto precio del dólar devastó sectores enteros de la industria estadounidense. Véase mi análisis en R. Taggart Murphy, *The Weight of the Yen*, Nueva York, 1996, capítulo seis.

⁹ Tal fue la conclusión de Nicholas Brady, que presidió la comisión designada por Reagan para investigar las causas de ese desplome bursátil. Brady pasaría luego a ser secretario del Tesoro.

Así fue como, a medida que avanzaba la década de 1990, lo impensable comenzó a suceder: algunas de las instituciones *yoshingendo shoryaku saki* comenzaron a quebrar. El Ministerio de Finanzas fue incapaz de garantizar la viabilidad de las entidades que se encontraban *de facto* bajo su supervisión. El precio se había vuelto demasiado alto. Como guerreros sitiados que defienden un castillo del ataque de fuerzas muy superiores, fueron abandonándose primero los fosos exteriores –las instituciones de crédito locales (*shinyo kumiai*) y las pequeñas sociedades de valores– y a continuación, los muros interiores: los bancos regionales y las grandes sociedades de valores. Finalmente, el castillo mismo se vino abajo. Cada uno de los principales bancos japoneses (conocidos históricamente en Japón como *toshi ginkō* –«city banks»–, más los tres bancos a largo plazo, que se habían establecido para canalizar el capital de inversión a la industria japonesa), o bien desaparecieron, o bien fueron absorbidos por uno de los nuevos gigantes bancarios creados mediante una serie de fusiones forzosas. Aunque ningún depositante perdió dinero y ningún *seishain* de ninguna de estas instituciones perdió su trabajo (o, más precisamente, su flujo de ingresos), las carreras de alguna gente se arruinaron. El control de un determinado número de estas instituciones incluso cayó en manos extranjeras. Ese control, si bien temporal, puso a los japoneses en la inaudita y humillante tesitura de tener que rendir cuentas ante extranjeros más jóvenes que ellos.

La implosión de las instituciones financieras japonesas se extendió inevitablemente a la economía en general. Una compañía del tipo *yoshingendo shoryaku saki* tenía típicamente un «banco principal», un *main bank*, término japonés-inglés que designaba algo más –mucho más– que un banco preferido encargado de las nóminas o las cuentas de una determinada empresa. Así, el banco principal no solo financiaba las necesidades de capital circulante de la empresa mediante líneas de crédito que se renovaban continuamente, sino que también vigilaba los negocios de las empresas, actuando más bien como una junta directiva de una empresa estadounidense o británica. (Las empresas japonesas tienen sus propios consejos de administración, pero hasta hace poco estos estaban compuestos principalmente por hombres ascendidos desde dentro de la empresa, siendo su función en gran medida ceremonial). Si la empresa en cuestión tenía dificultades, el banco principal intervenía para ayudar a rescatarla, idealmente antes de que tales dificultades se hicieran públicas. Pero el sistema del «banco principal» no pudo sobrevivir a la década de 1990. La señal más clara de su desaparición fue la quiebra de

los grandes almacenes Sogo. El banco principal de Sogo había sido el Industrial Bank of Japan [IBJ], la joya de la corona del sistema bancario japonés, que jugaba un papel más o menos análogo al de las empresas de primera línea de Wall Street, como Morgan Stanley y Goldman Sachs: financiar la inversión de capital fijo de las principales empresas japonesas. Tal y como su presidente testificó en la Dieta, el IBJ sabía desde hacía años que los pasivos de Sogo excedían sus activos, pero su papel como banco principal de la empresa implicaba que su propia posición estaba en juego si no lograba mantener el negocio a flote. Cuando eso ya no fue posible y Sogo quebró en 2000, los periódicos japoneses publicaron enormes titulares negros del tipo normalmente reservado para las declaraciones de guerra o los terremotos que arrasan ciudades enteras. El hecho de que la desaparición de unos grandes almacenes de segunda categoría provocara tal reacción no fue una sorpresa, ya que la bancarrota implicaba la desaparición del IBJ —que luego sería absorbido por el anodino grupo financiero Mizuho— y, con él, de todo el andamiaje de las finanzas japonesas de la posguerra.

Demanda interna vacilante

Las consecuencias macroeconómicas eran previsibles. Al no poder contar ya con el Ministerio de Finanzas, los bancos japoneses dejaron de prestar a todos menos a los prestatarios más seguros, siendo el más importante el propio Estado japonés. Las empresas se volvieron extremadamente conservadoras, acumulando efectivo para pasar los tiempos difíciles o invirtiendo en el extranjero, en lugares como la economía china, que experimentaba un rápido crecimiento. En el interior del país, el crecimiento nominal de los salarios interanuales, que había alcanzado un máximo de más del 4 por 100 en 1991, cayó por debajo del 1 por 100 en 1993 y entró en terreno negativo en 1997; las tendencias salariales seguirían siendo en su mayoría negativas durante las dos décadas siguientes¹⁰. Con la disminución de la seguridad económica y la caída de los ingresos reales, los hogares recortaron sus gastos. El resultado fue una deflación persistente y una clásica trampa de liquidez keynesiana. Hasta los primeros años del nuevo milenio, gracias a los pedidos de bienes de capital de alta calidad de una pujante China, Japón pudo finalmente dejar atrás el estancamiento de la década de 1990, mientras que

¹⁰ Véase Japan Macro Advisors, «Japan Wage and Hours Worked». En 2014, según el Banco de Japón, la remuneración total de los empleados en Japón se situó en el 51,5 por 100 del PIB.

el mero paso del tiempo había saneado en gran medida el sistema bancario. En 2005, alrededor del 45 por 100 de los beneficios empresariales se generaron fuera de Japón. Pero –paradojas de la globalización– esto no sirvió para restablecer los salarios o el consumo en el interior del país. Parte del problema tenía que ver con la mentalidad del Ministerio de Finanzas, que encarnaba una concepción de la clase dirigente japonesa que, al igual que la que tenían las élites en todas partes, confundía los intereses del bloque dirigente con los de la sociedad en su conjunto. Es importante comprender esta perspectiva si queremos entender la respuesta de Tokio a la crisis financiera de 2008 y sus consecuencias.

No es muy difícil averiguar lo que constituye una «clase dominante» en una sociedad dada. Basta con buscar a las personas que tienen una prerrogativa a la hora de reclamar los recursos económicos y que son las últimas en sufrir cuando algo sale mal, incluso cuando son directamente responsables del daño. Los directivos generales ejecutivos de las grandes empresas estadounidenses hunden sus empresas y se retiran a una vida de lujo sibarítico; los gurús de la política exterior en Washington desperdician billones de dólares y miles de vidas en guerras estúpidas y luego aparecen en el Banco Mundial, en grupos de expertos bien financiados o en la Casa Blanca, para planear más guerras. Esas personas están tan bien instaladas en la clase dominante estadounidense que no importa lo que hagan o los errores que cometan: nunca tienen que rendir cuentas por sus acciones y nunca sufren personalmente por ellas. En Japón, la desigualdad de clase es menos una cuestión de ingresos brutos y disparidad de riqueza que de los acuerdos que preservan la seguridad económica. Para protegerse de los caprichos del mercado, los ricos de Japón no dependen tanto de sus activos como de las garantías del «acuerdo de posguerra», el empleo *seishain* y las instituciones *yoshingendo shoryaku saki*. Desde la década de 1980, estas garantías han cobijado a un porcentaje cada vez menor de la población. De esta forma, ya sea en periodos de euforia, estancamiento o recuperación, la seguridad económica se ha convertido en un objetivo cada vez más difícil de alcanzar para un número cada vez mayor de personas.

Según el historiador Andrew Gordon, el «empleo no regular» comenzó a aumentar en la década de 1980, impulsado por «la creciente presión ejercida sobre el Japón empresarial para generar beneficios» y ayudado, aunque Gordon no lo dice específicamente, por el colapso de una izquierda organizada que antaño había sido lo suficientemente ruidosa

como para que se la tuviera en cuenta. Pero el número de empleos precarios aumentó considerablemente con el estancamiento de la década de 1990, gracias en parte a una cierta flexibilización de las prácticas de contratación permitidas a las empresas. La proporción de la fuerza de trabajo en «empleo irregular» aumentó de un modesto 15 por 100 en 1982 a un sorprendente 38 por 100 en 2014 –en cifras absolutas, de 6,7 a más de 20 millones–, con una tasa de aumento entre los hombres jóvenes que prácticamente duplicaba las de otras franjas de población¹¹. Se ha argumentado que en Japón el crecimiento del empleo no regular, especialmente en la franja más baja del sector servicios, ha contribuido de manera significativa a reducir la participación en la renta de los trabajadores, que se redujo en casi diez puntos porcentuales durante los tres decenios posteriores al máximo alcanzado a finales de la década de 1970 y que, por lo tanto, también contribuyó a debilitar la demanda agregada¹².

«En presencia del progreso técnico, la clave de la evolución del salario real es el volumen de acumulación de capital que se está produciendo. En Japón no ha estado ocurriendo en absoluto», escribía Alexander Kinmont hace algunos años¹³. Kinmont, un analista de inversiones, es uno de los observadores más interesantes de Japón hoy en día. Ardiente keynesiano y discípulo de Joan Robinson, sostiene que el desafío económico fundamental que enfrenta Japón es su anémica demanda

¹¹ Andrew Gordon, «New and Enduring Dual Structures of Employment in Japan: The Rise of Non-Regular Labour, 1980s-2010s», *Social Science Japan Journal*, vol. 20, núm. 1, 2017. Gordon señala que «empleo no regular» es un término «engorroso», que abarca varias categorías de empleados; lo que tienen en común es «mucha menos seguridad laboral que los empleados regulares».

¹² Kyoji Fukao y Cristiano Perugini, «The Long-Run Dynamics of the Labour Share in Japan», Hitotsubashi University Discussion Paper 672, marzo de 2018.

¹³ Alexander Kinmont escribía en respuesta a una columna de Martin Wolf en *Financial Times*, en la que –al hilo de la crítica de la «sabiduría convencional» del Ministerio de Finanzas, el FMI y la OCDE acerca de la necesidad de reducir los déficits y la deuda pública japonesa aumentando los impuestos al consumo– argumentaba que «el sector privado de Japón ya tiene una tasa de inversión excepcionalmente alta». Kinmont señalaba que el capital privado neto de Japón de hecho había disminuido durante la última década. Preguntado al respecto, dijo que las cifras en las que Wolf presumiblemente se basaba no tenían en cuenta el consumo de capital, un primo cercano de la amortización contable. Véase Martin Wolf, «Conventional Wisdom on Japan is Wrong», *Financial Times*, 12 de diciembre de 2017; la carta de Kinmont, «Raising Gross Investment Is Japan's Proper Focus», fue publicada el 14 de diciembre de 2017. Las estadísticas del gobierno apoyan la afirmación de Kinmont sobre la evolución de los salarios: para el período 1996-2015, los ingresos monetarios totales de la economía se redujeron en el 0,6 por 100 en términos nominales y en el 0,7 por 100 en términos reales.

agregada, y que los dilemas a los que aluden de manera recurrente la mayoría de los análisis convencionales (el pobre crecimiento de la productividad, la supuesta «trampa» fiscal de Japón o las mujeres que no quieren tener hijos) son los síntomas de una demanda débil, no sus causas. He escuchado a Kinmont argumentar que impulsar la demanda es un asunto sencillo: basta con abolir los impuestos al consumo y a la herencia, aumentar el gasto público de manera suave pero constante y no dejar que el Banco de Japón endurezca su política monetaria. La respuesta a tales sugerencias por parte de los mandarines del Ministerio de Finanzas, así como del FMI y la OCDE, es un alarido de protesta por la magnitud de la deuda fiscal acumulada de Japón, seguido de comparaciones absurdas con Italia y Grecia (Japón financia su gasto deficitario enteramente en su propia moneda y casi enteramente a partir de sus propios ciudadanos)¹⁴.

Es cierto que, tras tres décadas de estancamiento, bajo crecimiento y recesión, la deuda neta de Japón asciende a alrededor del 120 por 100 del PIB, mientras que el déficit fiscal primario se sitúa en torno al 4 por 100. El pensamiento convencional sostiene que el envejecimiento de la sociedad japonesa –y la consiguiente reducción de los ahorros para financiar la jubilación– implica que el país comenzará a tener un déficit por cuenta corriente, momento en el que los tipos de interés tendrán que aumentar para atraer entradas de capital. Cuando llegue ese día, el aumento de los pagos de intereses de la deuda fiscal acumulada hará que se abra una brecha en el presupuesto nacional tan amplia que ya no podrá cubrirse. Por lo tanto, Japón necesita urgentemente aumentar sus impuestos al consumo, a fin de evitar una catástrofe fiscal inminente. Esta línea argumental tiene agujeros fácilmente demostrables. En primer lugar, los extranjeros no compran valores cotizados en yenes (ya sean bonos del Estado japonés o cualquier otra cosa denominada en yenes), debido a los tipos de interés que se ofrecen. Por el contrario, el yen es una de las pocas monedas que circulan libremente en todo el mundo en cantidades suficientes como para ofrecer una verdadera alternativa a todos aquellos (por ejemplo, gestores de carteras privadas o funcionarios

¹⁴ Véase, por ejemplo, «Is Fiscal Crisis Inevitable in Japan?», *East Asia Forum*, 7 de noviembre de 2016, en el que el economista Takeda Masahiko sostiene que Grecia es una advertencia de lo que podría ocurrir si «retrasamos la adopción de medidas correctivas sustantivas». O el llamamiento de la OCDE a Japón para que duplique con creces los impuestos sobre el consumo, como parte de un «plan integral de consolidación fiscal, que incluya recortes de gastos específicos y aumentos de impuestos», *Mainichi Shimbun*, 15 de abril de 2019.

de bancos centrales) que quieran reducir la vulnerabilidad frente al dólar estadounidense; evidentemente las otras divisas en liza, el euro y la libra esterlina, tienen sus propios problemas. En segundo lugar, a diferencia de la situación que vive China, el superávit por cuenta corriente de Japón ha ido aumentando, no disminuyendo, aunque con un bache en la balanza comercial de mercancías tras el tsunami. El déficit de servicios casi ha desaparecido, gracias a las hordas de turistas procedentes de China, Corea del Sur y el sudeste asiático.

Es importante señalar que los ingresos procedentes del extranjero no muestran signos de decaimiento. Gran parte de dichos ingresos se produce en forma de remesas corporativas internas. Las empresas japonesas pueden no haber invertido lo suficiente en el propio país, pero han invertido en activos de todo tipo desde Kentucky hasta el condado de Orange, desde Chon Buri hasta la ciudad de Ho Chi Minh, pasando por los deltas del río Pearl y del Yangtsé. Honda vende a los estadounidenses muchos más coches fabricados en Estados Unidos que coches hechos en Japón. El porcentaje de beneficios de las ventas efectuados fuera de Japón ha seguido aumentando, pasando del 45 al 60 por 100 entre 2005 y 2018 para las principales empresas de la Bolsa de Tokio, y gran parte de ese aumento se debe a bienes que ahora se fabrican fuera de Japón¹⁵. Esta es una de las razones por las que las grandes empresas japonesas tienden a ver con buenos ojos el aumento de la imposición sobre el consumo: como gran parte de sus ventas y producción se realiza en el extranjero, el impuesto recae de manera desproporcionada sobre sus competidores nacionales más pequeños, haciendo las veces de un subsidio para las empresas que menos lo necesitan. Con sus operaciones en Estados Unidos, una empresa como Honda puede ganar mucho dinero, y así compensar una bajada de las ventas en Japón; las remesas internas son bien recibidas por los *seishain* de Honda y los accionistas, pero no hacen mucho por el creciente número de japoneses sin seguridad económica, ni por un país que necesita que la gente y las empresas gasten más para aumentar el PIB nominal, a fin de ahuyentar la temida deuda fiscal.

La obsesión con la imposición sobre las ventas

Aquí es donde la elite gobernante de Japón puede ser incorregible. Desde hace ya una generación, el Ministerio de Finanzas ha hecho de

¹⁵ Jesper Koll, «Japan's New Golden Age», Presentación a la Asia Society de Nueva York, febrero de 2019.

la introducción de un gran impuesto sobre el consumo, que supone un verdadero lastre para la economía, su principal objetivo político. En el proceso, ha puesto en peligro una y otra vez la red de protección política que permite al Ministerio funcionar como una entidad cuasi soberana sin responsabilidad o supervisión. Si realmente se necesitara aumentar tal impuesto para evitar el desastre, se podría aplaudir el heroísmo patriótico de los funcionarios del Ministerio de Finanzas, dispuestos a decretar todos los sacrificios necesarios para salvar a Japón. Pero todo indica –las pruebas son abrumadoras– que esa medida socava el objetivo que se supone que debe cumplir. De hecho, si hubiera que concebir un impuesto cuyo objetivo fuera el de empeorar la situación económica y fiscal de Japón, con su anémica demanda agregada, difícilmente se podría encontrar algo más destructivo que la imposición sobre el consumo. Cuando el Ministerio de Finanzas empezó a presionar con esta idea, a finales de la década de 1970, cabía argumentar a su favor: Japón se había recuperado de la recesión de 1974-1975 con mayor rapidez que sus rivales, y ello había sido así en parte gracias a la existencia de importantes déficits fiscales. Podría demostrarse que el efecto amortiguador del impuesto sobre el fuerte crecimiento del PIB nominal era una carga razonable, a cambio de cerrar la brecha fiscal. Pero el mundo ha cambiado desde principios de la década de 1970: la deflación ha sustituido a la inflación como principal desafío monetario y las tasas de crecimiento del PIB real de dos dígitos de las que gozaba entonces Japón no volverán nunca más. Pues bien: a pesar de todo esto, sigue siendo impensable que ningún funcionario con ambiciones de hacer carrera dentro del Ministerio de Finanzas alce la voz en contra de esta política¹⁶.

En el nuevo panorama económico, otro aumento de la imposición sobre el consumo raya en la negligencia política. Sus efectos negativos han quedado demostrados una y otra vez. La introducción del impuesto por parte del Ministerio de Finanzas en 1989 redujo inmediatamente el crecimiento nominal del PNB. Su aumento en 1997, coincidiendo con la crisis financiera de Asia oriental, sofocó la incipiente recuperación, llevando a Japón al borde del desastre y precipitando un derrumbe casi total

¹⁶ Esto puede explicar el desconcertante fracaso del Ministerio de Finanzas a la hora de impulsar una legislación que imponga un pequeño aumento anual del impuesto hasta alcanzar el tipo del 25 por 100, que parece ser el objetivo a largo plazo del propio Ministerio. Aparte de la intensa oposición que generaría un proyecto de ley de este tipo, el éxito en el intento privaría a los jóvenes burócratas con ambiciones de un paso clave para impulsar sus carreras: la batalla por el próximo aumento de la imposición sobre el consumo.

del sistema financiero. El impuesto es regresivo, lo que importa tanto en términos macroeconómicos como humanos, ya que las personas menos acomodadas son mucho más numerosas y tienen una mayor «propensión a gastar»; en particular, supone un lastre para las tiendas familiares y las pequeñas empresas, y lleva aparejada una terrible carga de papeleo. Entonces, ¿por qué el Ministerio de Finanzas, ante tan abrumadoras pruebas, sigue empeñándose en que este impuesto siga aumentando una y otra vez, hasta que termine convirtiéndose en la principal fuente de ingresos del Estado? Los burócratas del Ministerio de Finanzas no son precisamente estúpidos. Pero como advirtió Orwell, si malinterpretamos sus motivos no podremos predecir sus acciones y, como señaló Karel van Wolferen en *The Enigma of Japanese Power* (1989), no es necesario que los objetivos políticos sean conscientes para que se hagan realidad.

Para entender sus motivos, vale la pena recordar dos puntos: el papel clave del pensamiento alemán acerca de cómo una potencia tardía «se pone al día», y la estrecha relación de dicho pensamiento con la herencia conceptual de Japón sobre la relación entre gobernantes y gobernados. En *Austerity: The History of a Dangerous Idea*, Mark Blyth sitúa el origen de la hostilidad alemana hacia Keynes en la tradición del ordoliberalismo, «una forma peculiar de liberalismo» que contempla «al Estado como un regulador que permite la competencia y facilita los ajustes del mercado mediante el desarrollo de mecanismos e instituciones específicos para toda la economía». Uno difícilmente puede evitar pensar en Japón cuando Blyth continúa observando que:

El Estado alemán, ya sea guillermino, fascista o democrático, siempre se ha atribuido un papel más dirigista y coordinador en la economía que el que es habitual en los Estados liberales. En todo el desarrollo de Alemania ha sido fundamental el papel del Estado a la hora de contener el consumo y aumentar el ahorro a fin de proporcionar reservas adecuadas de capital para efectuar inversiones industriales a gran escala, y al mismo tiempo para proporcionar transferencias capaces de suavizar, en lugar de bloquear, esas políticas¹⁷.

Si bien es cierto que la clase dirigente japonesa no está compuesta por ordoliberales (no son liberales, ni «ordo» ni de ningún otro tipo: entre otras cosas, lejos del «temor a los cárteles y al poder privado», que Blyth identifica como característica clave del ordoliberalismo, los dirigentes japoneses fomentaron activamente la formación de cárteles), la

¹⁷ Mark Blyth, *Austerity: The History of a Dangerous Idea*, Oxford, 2013, pp. 132-135; ed. cast.: *Austeridad*, Barcelona, 2014.

pertinencia de la experiencia y el pensamiento alemanes es evidente. Esto se hace extensivo al pensamiento marxista: la mayoría de los burócratas, banqueros y dirigentes empresariales que presidieron los primeros decenios del «milagro» japonés de la posguerra habían sido formados por profesores de economía marxistas bien asentados en las principales universidades. Si bien es cierto que pocos de entre sus graduados se habrían definido como marxistas una vez que hubieron asumido su lugar en la estructura de poder japonesa, no dejaban de sentirse inmediatamente atraídos por la idea del cambio económico como principal impulsor de la historia de la humanidad, reservaban un papel principal a los cuadros de elite debidamente socializados y sentían un desdén por la plutocracia y las exhibiciones ostentosas de riqueza¹⁸. Estas ideas también se filtraban a través de la herencia del pensamiento económico de la era Tokugawa, que consideraba la existencia de la gente común –campesinos y artesanos– puramente en términos de lo que podían producir. Las autoridades del *shogunato* debatieron abiertamente hasta dónde se podía exprimir a los campesinos y llegaron a la conclusión de que estos necesitaban lo suficiente para no morir, pero tampoco lo bastante para vivir realmente. Los mercaderes eran vistos esencialmente como parásitos: de hecho, la ostentación por los mercaderes de su riqueza contribuyó al descontento que finalmente llevó a la caída del *shogunato* de Tokugawa¹⁹.

Nadie aboga hoy en Japón por mantener a la población activa en niveles de subsistencia. De hecho, para los estándares contemporáneos, incluso los japoneses menos acomodados tienen un nivel de vida razonable: las ciudades están limpias y prácticamente libres de delincuencia callejera; el transporte público, la atención sanitaria y la educación son buenos. Pero la herencia de Tokugawa (encauzada a lo largo de un siglo de

¹⁸ Ante la pregunta de por qué las perspectivas keynesianas «cayeron en un terreno tan estéril en el Japón de la posguerra», Kinmont ha sugerido que Keynes era «considerado desde el punto de vista de la tradición marxista [...] como una figura esencialmente conservadora, que intentaba prolongar de forma artificial la vida del capitalismo». Kinmont atribuye al economista Wakatabe Masazumi el haber señalado cuán extendida está esta noción en los círculos marxistas de Japón. Alexander Kinmont, «An Awkward Case: Japan's Slump and the Dangers of Economic Orthodoxy», discurso pronunciado en el St Peter's College, Oxford, 30 de enero de 2014. Cabe destacar que Wakatabe fue nombrado vicegobernador del Banco de Japón en marzo de 2018; los medios de comunicación lo califican de «reflacionista».

¹⁹ La ausencia de toda comprensión teórica del papel de los comerciantes puede ayudar a explicar por qué Japón nunca tuvo una revolución burguesa, a pesar de que muchas de las condiciones para su estallido –la alfabetización generalizada, las grandes concentraciones urbanas, una red nacional de transporte, una sofisticada infraestructura financiera– ya se daban en el país a finales del siglo XVII.

ejemplo y de pensamiento alemanes sobre cómo una potencia tardía se pone al día mediante la contención del consumo bajo dirección estatal y la canalización de los ahorros a la industria pesada) ha imprimido en el país un rechazo instintivo a la noción, convenientemente actualizada, de que los plebeyos deban tener mucho más de lo que se necesita para salir adelante. Lo que parece molestar a los administradores de Japón no es simplemente el hecho de que una economía cuyo principal objetivo sea el impulso de la demanda agregada pueda poner en manos de los hogares un gran poder sobre los resultados económicos ordinarios, ni tampoco la perspectiva de que las mujeres, los trabajadores a tiempo parcial, los inmigrantes y otros trabajadores atípicos tengan más dinero en sus bolsillos. Por el contrario, les inquieta que un mercado laboral tensionado pueda acelerar la destrucción del que quizá sea el más importante instrumento de control social en el Japón de posguerra: el empleo «indefinido», es decir, la institución del *seishain*.

Encuestas recientes confirman que los trabajos estables y económicamente seguros continúan siendo atractivos entre la población²⁰. La burocracia, nacional o local, y empresas como Toyota, Panasonic, Mitsubishi Trading, Otsuka Pharmaceuticals y All Nippon Airways figuran abrumadoramente como los empleadores más deseables (al igual que Google, Apple y Amazon). Pero en una economía en auge, impulsada por la demanda, grandes cantidades de jóvenes que se incorporan a la fuerza de trabajo podrían comenzar a optar por carreras no tradicionales, sin temor ya al oprobio social, familiar e incluso sexual que tradicionalmente se dirige contra quienes se alejan del estatus y la seguridad de los *seishain*²¹. Sin duda, algo de esto ya está sucediendo: un número no desdeñable de jóvenes emprendedores rechazan hoy en día las ofertas de las empresas consolidadas para, en lugar de ello, crear sus propios negocios, mientras que los medios de comunicación se hacen eco de historias en torno al rechazo de los trabajadores más veteranos a horarios o asignaciones de trabajo exorbitantes, prestando mucha atención al *karōshi* (muerte por exceso de trabajo) y al *burakku kigyō* (empresas clandestinas), de las que se dice que hacen trabajar a los nuevos contratados hasta el punto de que las abandonan. Las empresas extranjeras establecidas en Japón –*gaishikei* (literalmente, «empresas

²⁰ Véase el sitio *web* de la consultora japonesa Risk Monster.

²¹ En el Japón de la posguerra, la perspectiva de la seguridad económica se convirtió en la característica más deseable que un joven podía ofrecer a las mujeres jóvenes que buscaban pareja. Véase el análisis en R. Taggart Murphy, *Japan and the Shackles of the Past*, Oxford, 2014, pp. 158-166.

con capital extranjero»)– pueden ahora contratar a nuevos graduados de universidades prestigiosas y a gerentes medios exitosos de empresas japonesas, lo cual no era fácil hasta la década de 1990. Pero una ola de gasto para estimular la economía podría hacer que estas dinámicas se vuelvan más y más frecuentes. Si bien esto probablemente sería bueno para las cifras macroeconómicas de Japón, podría suponer una amenaza para las relaciones de poder existentes.

Crisis política

Esta matriz de dilemas capitalistas avanzados, herencia cultural y relaciones de clase, ayuda a explicar los impulsos políticos contradictorios del Ministerio de Finanzas. Por un lado, desde 1991 dicho Ministerio ha sido pionero en la aplicación de una ambiciosa fórmula que combina el estímulo monetario y el estímulo fiscal, experimentando con tipos de interés negativos, flexibilización cuantitativa y control de la curva de rentabilidad una década antes que Geithner y Bernanke. Pero, por otro lado, ha recurrido repetidamente a aumentar la imposición sobre el consumo, tan letal para la demanda, siguiendo la línea del procíclico *Schuldenbremse* [freno de la deuda] impuesto a la eurozona. Esta dualidad se puso de manifiesto en la respuesta de Japón a la crisis financiera mundial de 2008. En cierto sentido, Japón ya había pasado por su «2008» en 1991 y, luego, otra vez en 1998-2000, cuando el Ministerio de Finanzas intervino para fusionar los «city banks» y dar lugar a megainstituciones financieras. El contagio por el colapso de Lehman Brothers y el derrumbe casi total de las finanzas estadounidenses fue limitado en Japón, a diferencia de lo que sucedió en los grandes países de la UE. Pero la producción industrial se vio muy afectada por la Gran Recesión en Estados Unidos y Europa Occidental, destino final de una gran parte de las exportaciones japonesas, por mucho que estas se enviaran primero como bienes intermedios a través de China. La economía japonesa se contrajo en el 5,4 por 100 en 2009, a pesar de un cambio de rumbo hacia finales de año. Los trabajadores carentes de un contrato indefinido fueron los más afectados por los despidos que siguieron, ya que las empresas dejaron de contratar y licenciaron a todos los que pudieron; incluso los *seishain* se vieron obligados a acogerse a la «jubilación anticipada». Con los parques de Tokio llenándose de campamentos improvisados para los parados, no era ya posible ocultar el debilitamiento de las instituciones de seguridad económica de Japón.

En el terremoto electoral de 2009, Japón se adelantó una vez más a Occidente, donde las turbulencias políticas posteriores a la crisis no se produjeron hasta algunos años más tarde. Tras medio siglo de gobierno prácticamente ininterrumpido, el PDL fue derrotado por el Partido Democrático de la (pseudo)Izquierda de Japón [PDJ], que se presentó a las elecciones con un programa de reforma radical, a saber: un replanteamiento de las relaciones entre Estados Unidos y Japón, que pasaba por impugnar los planes de ampliación de las bases militares estadounidenses en Okinawa; la sustitución de los dispositivos informales de seguridad económica por una red de seguridad explícita y jurídicamente vinculante; y la supresión de las nuevas subidas de la imposición sobre el consumo, que era profundamente impopular. El PDJ era un conglomerado que incluía restos del antiguo Partido Socialista Japonés, del desaparecido Partido Socialista Democrático, de orientación «centrista», y de las facciones disidentes del PDL, dirigidas por Ichirō Ozawa, un veterano operador que había adquirido su sentido de Estado de Tanaka en la década de 1970. La clase dirigente de Japón no pudo detener la apisonadora del descontento popular, que llevó al PDJ a la presidencia con trescientos ocho escaños en la Dieta, frente a los ciento diecinueve del PDL. Pero incluso antes de las elecciones, la fiscalía general del Estado se propuso neutralizar a Ozawa, recurriendo a las tácticas habituales en el trato con políticos ambiciosos y reformistas: «investigaciones» por una u otra violación de alguna disposición menor sobre la campaña electoral, amplificadas en la prensa del *establishment*. El ruido mediático fabricado terminó convenciendo a Ozawa de que debía renunciar al cargo de líder del partido en favor de Yukio Hatoyama, descendiente de una de las dinastías políticas más antiguas de Japón. Como primer ministro, Hatoyama fue a continuación atacado por una alianza sellada entre la burocracia oficial, el PDL, la prensa de «calidad» y la política exterior de Washington. Los ataques lograron empañar la imagen de Hatoyama, al que presentaron como un tonto incompetente que estaba poniendo en juego la seguridad de Japón al «enredar» supuestamente la cuestión de Okinawa mientras presionaba por estrechar lazos con China²².

Mientras tanto, el Ministerio de Finanzas había colocado bombas de relojería dentro del gobierno. Hatoyama había nombrado a Hirohisa Fujii, un veterano del Ministerio, como ministro de Finanzas. Aunque

²² Véanse Gavan McCormack, «Obama vs Okinawa», *NLR* 64, septiembre-octubre de 2010; y R. Taggart Murphy, «Sobre el Japón de Shinzō Abe», *NLR* 93, julio-agosto de 2015.

el nuevo ministro supuestamente se oponía a aumentar la imposición sobre el consumo, la realidad era que usaba su posición para nombrar viceministros que abogaban por aumentarlo. Su sucesor, Naoto Kan, era popular entre la gente, que veía en él a un feroz crítico de la burocracia. Pero una vez en el cargo, Kan comenzó a mascullar que había que revocar la promesa del PDJ de no aumentar la imposición en cuestión, y presumiblemente, algunos burócratas se las habían arreglado para asustarlo con escenarios de calamidad fiscal. Los vaivenes de Kan en torno a esta promesa clave del PDJ trajeron consigo una caída en picado de los índices de aprobación del partido en las encuestas, la derrota en las elecciones para la Cámara Alta y una ruptura con Ozawa. En marzo de 2011, el terremoto y el tsunami dejaron temporalmente de lado todo lo demás. Kan se quedó para impulsar un proyecto de ley de reconstrucción a través de la Dieta, pero el precio exigido por los funcionarios nombrados por Fujii en el Ministerio de Finanzas fue el aumento de la imposición sobre el consumo, lo cual constituyó un suicidio político para el PDJ. El sucesor de Kan, Yoshihiko Noda, había sido uno de los nombrados por Fujii. Noda procedió a hacer un trato con el PDL, acordando unas elecciones anticipadas que todos sabían que el PDJ perdería. Había logrado marcar uno de los grandes «autogoles» de la historia política: asumir en solitario todo el peso de la introducción de una medida odiosa e impopular, que la oposición del PDL no se atrevía a llevar a cabo por sí misma. Así fue como un electorado asqueado abandonó el PDJ en masa²³. En 2012 el PDL volvió al poder bajo el liderazgo de Shinzō Abe.

La forma de la recuperación

Las élites japonesas habían logrado neutralizar la amenaza que representaba el PDJ, pero el éxito inicial de este último les había asustado mucho. Estaban decididas a asegurarse de que nada parecido a la insurrección de 2009 pudiera volver a ocurrir. El truco consistía en lograr un progreso económico suficiente para garantizar que el electorado mantuviera al PDL en el poder y, a partir de ahí, preservar las prerrogativas y privilegios de la clase dirigente. Por supuesto, no había unanimidad sobre cómo lograrlo, pero Abe tenía dos lecciones grabadas en su mente. En primer lugar, que por muy reaccionario que pueda ser un programa determinado, hay que venderlo como una especie de reforma. Abe trajo

²³ La mala gestión de Noda en la confrontación con China por los islotes Senkaku también contribuyó a la derrota. Véase R. T. Murphy, *Japan and the Shackles of the Past*, cit., pp. 340-354.

a su círculo íntimo a Isao Iijima, posiblemente el mayor maestro vivo de Japón en materia de teatralidad política²⁴. Iijima convenció a Abe de que el electorado debía creer que su misión primordial era la reforma económica y la prosperidad y no repudiar las restricciones constitucionales al rearme. Abe habló puntualmente de las «tres flechas» de su política económica (la llamada «*abonomics*»): «reforma» estructural (en su mayor parte, aire), estímulo fiscal (anulado de antemano por el aumento de la imposición sobre el consumo por parte del Ministerio de Finanzas) y política monetaria laxa. Esta última terminó siendo importante, aunque no exactamente como se anunciaba. Para conseguir esta política monetaria laxa que quería, Abe insistió en nombrar a Haruhiko Kuroda como gobernador del Banco de Japón. Aunque Kuroda era un hombre del Ministerio de Finanzas, no era el candidato del Banco para el puesto²⁵. Había ascendido por la vertiente internacional del Ministerio de Finanzas, en lugar de hacerlo por la más poderosa oficina de presupuesto, y había sido destinado a un puesto lejano, el de presidente del Banco Asiático de Desarrollo, con sede en Manila. Fue traído de vuelta a Tokio en parte porque era un conocido discípulo de Irving Fisher, el economista estadounidense de la época de la Gran Depresión, célebre por haber llamado a mantener pisado el pedal del acelerador monetario durante el tiempo necesario para salir de la deflación.

Una vez instalado en el Banco de Japón, Kuroda anunció puntualmente que inundaría la economía de dinero hasta que la inflación alcanzara el 2 por 100. Aunque, como era de esperar, la flexibilización cuantitativa no logró aumentar los precios de los bienes y servicios (tal y como había

²⁴ A principios de la década de 2000, Iijima había desempeñado un papel fundamental en el posicionamiento del líder del PDL Junichiro Koizumi como reformador inconformista, a pesar de ser un descendiente político directo de los mandarines/burócratas del PDL, que habían sido desplazados en parte a principios de la década de 1970 por el más populista Tanaka y sus discípulos. Iijima tuvo tanto éxito en este juego de manos que el cóctel de políticas de Koizumi –austeridad, neoliberalismo y desmantelamiento de algunos de los mecanismos que habían ayudado a redistribuir el dinero– pasó en gran parte desapercibido.

²⁵ Aunque el Ministerio de Finanzas seguía siendo la institución más poderosa del país, había recibido un varapalo, que se manifestaba en los signos reveladores que muestra todo organismo políticamente influyente cuando se encuentra bajo presión: oleadas de escándalos publicados en la prensa popular. Esto despertó el apetito de otros importantes centros de poder, como el Ministerio de Comercio y el *kantei* (Oficina del primer ministro), que vieron la oportunidad de apropiarse de algunas de las prerrogativas históricas del Ministerio de Finanzas, entre ellas la de establecer el programa de política económica; Abe se ha mostrado particularmente hábil en esta jugada.

enseñado Keynes, una política monetaria flexible en una economía que sufre de una demanda anémica es tan poco productiva como empujar el extremo de una cuerda en lugar de tirar de él), en gran parte sí se dejó sentir en el mercado de valores. La flexibilización cuantitativa de Kuroda también hizo bajar en los mercados de divisas el tipo de cambio del yen, que se había elevado peligrosamente durante la época del gobierno del PDI, lo cual resultaba peligroso, al menos, para los exportadores corporativos de la vieja guardia de Japón, para quienes el *endaka* (el yen alto) se había convertido en una carga cada vez mayor, que amenazaba su capacidad para cumplir todos los compromisos adquiridos con los *seishain*. La caída del yen también hizo posible lo que Abe necesitaba: los ingresos en concepto de exportación en yenes aumentaron (aunque el volumen total de las exportaciones apenas se movió), lo que trajo consigo un fuerte aumento de los beneficios empresariales, lo cual a su vez proporcionó una justificación para aparcar gran parte del nuevo dinero que se estaba creando en el mercado de valores. No se necesitó más para convencer a una masa crítica de votantes de que la recuperación económica había llegado para quedarse. Abe convocó —y ganó— unas segundas elecciones en diciembre de 2014, que afianzaron su poder y el de su partido, si bien la participación, de apenas el 53 por 100, fue la más baja de la historia de la posguerra de Japón. Con la destrucción del PDI, se había visto despejada la amenaza que representaba el descontento popular para las prerrogativas de la clase dirigente del país.

La forma de la recuperación reprodujo en gran medida lo que había sucedido anteriormente. Si bien el crecimiento del PIB de Japón ha sido modesto —fue del 1,9 por 100 en 2017 y se reducirá al 0,7 por 100 en 2018—, dada la disminución de la población del país, el PIB per cápita parecía mejor, sobre todo porque la disparidad de riqueza es mucho menos pronunciada que en países como Estados Unidos y el Reino Unido²⁶. Los beneficios de las empresas aumentaron durante seis años consecutivos, descendiendo ligeramente en 2018; en total, han tendido a aumentar, pasando de alrededor del 6 por 100 del PIB en el punto más bajo de la deflación posterior a la burbuja en el primer trimestre de 1998, hasta el 16 por 100 en las estadísticas más recientes para el primer trimestre de 2019. Pero como se ha señalado, los beneficios han tendido a acumularse

²⁶ La mediana de la riqueza de los hogares en Japón es de 96.000 dólares, frente a 50.000 dólares en Estados Unidos; solo el 9 por 100 de los hogares de Japón dispone de menos de 10.000 dólares, frente al 28 por 100 en Estados Unidos; los porcentajes respectivos de hogares con un millón de dólares o más son del 2 y el 6 por 100. Las cifras son cortesía de Jesper Koll.

en fondos de tesorería inactivos situados en los balances de situación de las empresas. Según el analista económico Jesper Koll, los saldos de caja de las empresas en Japón aumentaron desde alrededor del 20 por 100 del PIB en 2007 a más del 120 por 100 en 2017; las cifras comparables para Estados Unidos son, respectivamente, del 15 y el 35 por 100; en Alemania, la cifra en realidad disminuyó ligeramente desde el 20 por 100 registrado en 2007. Mientras, los salarios siguieron estancados: entre 1996 y 2015, los ingresos totales líquidos de la economía se redujeron en el 0,6 por 100 en términos nominales y en el 0,7 por 100 en términos reales. En este contexto, Abe volvió a ganar en las elecciones de 2017, aunque la participación fue solo del 54 por 100, frente al 69 por 100 en 2009.

Estrategias para la conservación del poder

Después de ocho años en el poder, la posición de Abe sigue siendo segura (a pesar de haber perdido su supermayoría en las elecciones de julio de 2019 para la Cámara Alta). De hecho, habría que remontarse al periodo Meiji para encontrar un político japonés electo con un control tan prolongado de las palancas de la política. Abe no solo ha superado a su tío abuelo, Eisaku Sato, como el primer ministro con más años de mandato de la posguerra, sino que ha superado al general *meiji* Taro Katsura como el primer ministro que más tiempo ha ocupado el cargo en la historia de Japón. La longevidad en el cargo es el signo más claro de poder en el sistema político japonés. Los esfuerzos por desbancarlo han sido en vano; hasta el momento Abe ha desviado sin esfuerzo todos los escándalos que se le han ido presentando, que son el arma más potente que se esgrime contra los políticos prominentes²⁷. Por lo tanto, podemos predecir que la política del país seguirá estando dictada por motivaciones y objetivos –conscientes o no– cuya razón última es la preservación del poder y las prerrogativas de la clase dirigente de Japón. Podemos distinguir cuatro de estos objetivos.

²⁷ El principal escándalo hacía referencia a los vínculos de Abe y su esposa con una academia «patriótica», la Moritomo Gakuen, cuya compra de tierras de propiedad estatal había comportado, como admitieron los funcionarios del Ministerio de Finanzas, la alteración deliberada de documentos. El hecho de que el escándalo nunca tuviera mayores consecuencias, a diferencia del efecto que tuvieron los escándalos triviales que se esgrimieron contra Ozawa y Hatoyam, era prueba suficiente del poder de Abe. A finales de 2019 surgió un nuevo escándalo derivado de la destrucción de documentos que podrían haber apuntado al favoritismo de Abe hacia sus partidarios en una fiesta patrocinada por el gobierno para contemplar el florecimiento de los cerezos; queda por ver si también este asunto se desvanecerá simplemente de la atención de la opinión pública. Véase «Allegations Over Cherry Blossom Party Bloom into Fresh Document Scandal for Abe», *Japan Times*, 23 de noviembre de 2019.

I. *Impedir que surja una nueva clase de plutócratas.* Los gobernantes de Japón, casi por instinto, unirán fuerzas para prevenir el surgimiento de una nueva clase de plutócratas ricos dotada de un poder político real. Eso no significa que algunas personas no se hagan ricas. Pero no habrá un equivalente a un Sheldon Adelson dictando la política exterior de Japón, un Charles Koch comprando gran parte de la Dieta, un Rupert Murdoch arrasando los medios de comunicación del *establishment* japonés, o un Mark Zuckerberg determinando la manera en que los japoneses se relacionan entre sí. La institución crucial aquí es el poder judicial, donde los fiscales juegan un papel principal. Un hombre rico y prominente (casi siempre es un hombre), que se comporte de una manera que se considere que viola las normas japonesas es probable que se vea metido en un lío que los observadores de los sistemas legales anglosajones estadounidense o británico encontrarán extraño y arbitrario, incluso «injusto». Primero, los fiscales descienden en tropel sobre la casa o la oficina del sospechoso; habrán alertado a los medios de comunicación, de modo que el paseo del sospechoso hacia la comisaría tiene lugar bajo los flashes de las cámaras. La acusación inicial suele ser menor, pero basta para detener al sospechoso sin que este tenga acceso a sus abogados. Mientras, los fiscales registran sus dependencias en busca de las pruebas que necesitan para condenarlo por algo más significativo, al tiempo que trabajan con sus contactos en la prensa para orquestar un juicio-espectáculo en los medios de comunicación antes de que el acusado haya siquiera comparecido ante un tribunal. Los casos famosos que han dado la vuelta al mundo –el más reciente de los cuales es el de Carlos Ghosn, expresidente de Nissan– suelen suscitar indignación, ante lo que se considera una parodia de la justicia en Japón²⁸.

Sin embargo, los fiscales japoneses rara vez, o nunca, son personalmente corruptos. En Japón no hay nada comparable a la extorsión que ejerce la fiscalía estadounidense sobre personas con recursos limitados para acumular condenas y hacer carrera: nada que se parezca a esas declaraciones de «culpabilidad» extraídas «negociando» con sospechosos que no pueden costearse abogados decentes. Los críticos occidentales ignoran la herencia japonesa, cuya tradición es la del derecho civil europeo

²⁸ Véase, por ejemplo, el editorial de *The Wall Street Journal* del 5 de marzo de 2019: «Bail for Ghosn—But Justice?». Tal grandilocuencia no tiene en cuenta que en Estados Unidos la justicia tiende cada vez más a estar disponible solo para aquellos que pueden pagársela; los requisitos constitucionales para el juicio con jurado y contra los registros arbitrarios y los castigos crueles se han convertido esencialmente en letra muerta para todos, excepto para los ricos.

continental en lugar del *common law* anglosajón, y la consiguiente discreción que se concede a los fiscales a la hora de determinar la aplicabilidad de una disposición concreta. Tanto los fiscales como los jueces son funcionarios del Ministerio de Justicia, aunque proceden de dos divisiones diferentes, y consideran que la ley es un instrumento para cumplir su tarea fundamental: la protección del orden establecido. En esto, son coherentes no solo con su propia herencia sino con la de toda la historia del pensamiento político de Asia oriental, que define el buen orden social como aquel que está regido por un mandarinato ilustrado. En Japón los fiscales no prosiguen una causa a menos que estén convencidos de que el sospechoso es culpable, pero esa culpabilidad no consiste tanto en haber violado una regulación como en haber infringido las normas de comportamiento. La policía y los fiscales pueden ser bastante indulgentes con un delincuente que admite su culpabilidad y está genuinamente arrepentido. En Japón no se encierra a nadie durante décadas, por ejemplo, porque se haya encontrado pornografía ilegal en su ordenador o por haber sido sorprendido robando en una tienda; todo el sistema de justicia está orientado a la rehabilitación de estas personas²⁹.

Sin embargo, los plutócratas que empiecen a amenazar el orden social establecido atraerán la atención del fiscal, y todo el mundo lo sabe. Un caso famoso fue el de Takafumi Horie, el brillante empresario que abandonó la Universidad de Tokio para fundar una empresa, Livedoor, cuyo objetivo era aprovechar el potencial de Internet para eludir las defensas de las empresas contra las presiones de los accionistas no implicados en la dirección de estas. Horie se había dejado seducir por la cháchara del gobierno de Koizumi sobre una transformación neoliberal y al parecer no entendió que esta no era más que una tapadera para encubrir la ofensiva contra la práctica del empleo de por vida y para congraciarse a Koizumi con la Casa Blanca. Esta no significaba, de ningún modo, que se hubiera abierto un paréntesis en las relaciones de poder tradicionales de Japón. En 2006, siendo Horie una celebridad (algo siempre peligroso en Japón), los fiscales lo metieron en la cárcel, y luego se pasaron un mes revisando sus documentos mientras orquestaban el equivalente a un linchamiento nacional, hasta que encontraron suficientes pruebas

²⁹ El profesor de Derecho de la Universidad de Tokio, Daniel Foote, denominó este modelo «El paternalismo benévolo de la justicia penal japonesa» en la *California Law Review* (1992). Cabe señalar que los estupefacientes son una excepción: las leyes son draconianas y los infractores reciben poca misericordia, lo cual es sorprendente en un país en el que el abuso de alcohol, salvo si es al volante, se considera en gran medida perdonable.

para acusarlo y condenarlo. Sin duda, Horie había estado infringiendo la ley de manera ruin (su táctica favorita consistía en realizar repetidas divisiones de acciones que le permitían emitir nuevos títulos mientras que los antiguos no podían venderse). Pero el mensaje, tal y como la oficina del fiscal dijo claramente, era «recordar» a la gente que «la riqueza viene del trabajo duro», no del juego financiero³⁰. Este mensaje se reforzó seis meses después con el arresto de Yoshiaki Murakami por cargos técnicos relacionados con el uso de información privilegiada en sus operaciones bursátiles, derivados de su participación en algunos de los negocios de Horie. Murakami era más figura del *establishment* que Horie; había sido una estrella en ascenso en el Ministerio de Industria y Comercio Internacionales antes de dejar su cargo para proseguir una carrera de *broker*. Tras los arrestos de Horie y Murakami, el número de nuevas empresas cayó en picado³¹.

Unos impuestos de sucesiones muy progresivos y la antigua costumbre de emplear las auditorías fiscales para disciplinar a todo aquel que consume de manera demasiado conspicua son otros obstáculos que previenen la aparición de una nueva clase plutocrática. Un impuesto de «salida» que entró en vigor en 2015 disuade a quienes intentan sacar grandes sumas de dinero de Japón (una medida dirigida específicamente a los empresarios que planean sacar a Bolsa sus empresas y luego trasladar su residencia legal a algún lugar como Singapur a fin de eludir los impuestos sobre las ganancias de capital). La remuneración de los directivos continúa siendo una fracción de lo que supone en Estados Unidos³². Los factores estructurales también operan en la misma dirección. Todavía hay fuertes defensas en pie contra cualquier alteración de las estructuras de propiedad cruzada que permiten a las empresas extenderse como dragones dormidos sobre montones de dinero inactivo. Murakami ha reaparecido recientemente y, junto a su hija Aya, se ha

³⁰ Véase el relato de lo sucedido en R. Taggart Murphy, «Los dólares de Asia oriental», *NLR* 40, septiembre-octubre de 2006.

³¹ Solo recientemente el número de nuevas empresas japonesas ha comenzado a repuntar de nuevo, gracias en parte a las actividades relacionadas con aplicaciones para teléfonos inteligentes. El idioma japonés impone un límite natural a la dimensión que pueden alcanzar los negocios resultantes –las aplicaciones son de poca utilidad en el extranjero–, lo que significa que no es probable que estos empresarios se vuelvan lo suficientemente ricos y poderosos como para inquietar a las empresas consolidadas.

³² Bloomberg y el FMI sitúan la relación entre la compensación del director ejecutivo general y el salario medio de los empleados en doscientos sesenta y cinco en Estados Unidos y cincuenta y ocho en Japón. Véase Steve Vogel, «Carlos Ghosn's Compensation Is not the Global Standard», *Tokyo Business Today*, 14 de febrero de 2019.

convertido en el símbolo más visible de una supuesta nueva ola de «activismo accionario» en Japón³³. Pero su última apuesta –un ataque contra Kosaido, empresa básicamente implicada en el sector de las artes gráficas– fue rechazada en mayo de 2019, por lo que, hasta la fecha, no se ha producido ninguna adquisición hostil en Japón. Murakami culpó de su apuesta fallida a la participación cruzada, pero también es cierto que en ello también tuvo algo que ver el rechazo instintivo a la idea de que los forasteros se enriquezcan con las ganancias de empresas «infravaloradas». Mientras tanto, la proporción total de beneficios empresariales correspondiente al sector financiero sigue siendo de alrededor del 10 por 100, en comparación con alrededor del 30 por 100 en Estados Unidos. La flexibilización cuantitativa del Banco de Japón sí provocó un aumento de los precios de las acciones que, como hemos visto, ayudó a Abe y al PDL a convencer al electorado de que la economía estaba mejorando. Pero los altos niveles de participación cruzada y los impuestos progresivos hacen que esa apreciación no vaya directamente a parar a los bolsillos de los ricos, o a que lo haga en menor medida que en Estados Unidos o el Reino Unido; en cambio, las subidas en la Bolsa ayudan a las empresas consolidadas a proteger los puestos de los *seishain*.

Es poco probable que Japón siga, por lo tanto, los pasos de Estados Unidos, donde una pequeña clase de multimillonarios rapaces ha secuestrado de facto el Estado para sus propios fines. Sin embargo, las medidas que los gobernantes de Japón han adoptado para evitar tal eventualidad tienen un coste. A pesar de todos sus flagrantes abusos, el próspero mercado de fusiones y adquisiciones de Estados Unidos ayuda a evitar la complacencia con respecto a los activos infrautilizados. El difunto Stefan Lippert calculó que alrededor de doscientas cincuenta empresas japonesas eran «campeonas ocultas» (designación inicialmente acuñada para explicar el dinamismo de la economía alemana), es decir, empresas que gozan de cuotas de mercado preeminentes en sus sectores, pero que son poco conocidas por el público en general o por la comunidad de inversores, y que tienden a tener pocos accionistas, confiando en los beneficios no distribuidos para su financiación³⁴. En Japón, a diferencia de sus homólogos alemanes, suizos y suecos, la mayoría

³³ Véase «Japan Toys with Shareholder Capitalism Just as the West Balks», *The Economist*, 28 de marzo de 2019.

³⁴ Véase Richard Solomon, «Stefan Lippert: Remembering an Educator in Search of Excellence», *Japan Times*, 16 de noviembre de 2016. Para la discusión de la concepción original, véase Hermann Simon, *Hidden Champions of the 21st Century*, Cambridge (MA) 1996.

de los «campeones ocultos» son fabricantes y producen principalmente productos de primera línea, que se adquieren por su calidad y fiabilidad, más que por su precio. También están entre las empresas más rentables del país. Sin embargo, tienden a confiar a otras (en su mayoría, una *sōgō* tradicional o una «empresa comercial», como Mitsubishi o Marubeni) todo lo relacionado con su comercialización, abastecimiento y distribución en el extranjero. Para Lippert, la cultura corporativa provinciana de los «campeones ocultos» fue el mayor obstáculo para el crecimiento de la economía japonesa en su conjunto, en una era en la que las empresas más exitosas son las que, como Apple, ofrecen complejos paquetes de productos y servicios, combinados con cadenas de suministro y redes de distribución mundiales. Pero para cambiar la orientación localista de las empresas japonesas, las empresas atípicas tendrían que hacerse lo suficientemente grandes como para desafiar el orden establecido, lo que es poco probable que ocurra en un futuro próximo.

II. *Preservar el control japonés de los principales activos económicos.* El objetivo de mantener el control sobre los bienes nacionales se remonta a siglos atrás. Incluso en el periodo de posguerra, cuando Japón necesitaba desesperadamente capital para financiar la reconstrucción, se impidió a los extranjeros controlar importantes activos económicos, más allá de unas pocas industrias como la de refinado de petróleo. Esta fue la diferencia más significativa entre, por un lado, Japón y Corea del Sur y, por otro, China y los demás «tigres asiáticos». Los chinos, tailandeses y malayos alentaron y buscaron la inversión extranjera directa en sus zonas económicas especiales, mientras que los japoneses y los surcoreanos la bloquearon. Esto no va a cambiar, a pesar de las ventas aisladas de empresas con problemas a extranjeros o la importación de ejecutivos famosos de otros países, generalmente para disolver los atascos del factionalismo enquistado, como los que paralizan a Sony y a Nissan. El caso más famoso de este tipo es el de Ghosn, el director general franco-brasileño-libanés de Renault que se convirtió en director general de Nissan en 1999, cuando los dos gigantes del sector automovilístico establecieron una alianza, consolidada por la participación cruzada. Ghosn procedió a racionalizar Nissan, dando la vuelta a la por entonces problemática empresa con medidas de reducción de costes que habrían sido difíciles o imposibles de adoptar para un japonés, y que incluían la disolución del *keiretsu* (grupo empresarial) de filiales de Nissan. Como Horie antes que él, Ghosn fue ensalzado en los medios de comunicación japoneses y se convirtió en una especie de celebridad pop.

Pero, independientemente de los cargos por los que fue arrestado, Ghosn parece haber cometido dos errores fundamentales³⁵. En primer lugar, se hizo demasiado ostentosamente rico. En segundo lugar, abogó por una mayor integración de Renault y Nissan. Pero Nissan es el fabricante original de coches japonés, la automovilística del «*establishment*», con raíces en la Manchuria colonial que sirvió de laboratorio para gran parte del milagro japonés de la posguerra. Los gobernantes del país no van a permitir que caiga bajo el control permanente de extranjeros; Renault ya posee el 43 por 100 de las acciones con derecho a voto de Nissan. La enorme publicidad internacional que atrajo el caso ya había dado lugar a un considerable dolor de cabeza antes de la sensacional fuga de Ghosn de Japón en la víspera de Año Nuevo; el *Financial Times* llegó a calificar a la justicia japonesa de «riesgo país». Pero sea cuales sean las consecuencias finales del caso Ghosn, la «internacionalización» de los principales activos japoneses no será una de ellas³⁶.

III. *Evitar que la inmigración se convierta en un problema político.* La noción de Japón como un país sin inmigrantes es historia. Nunca fue completamente cierta. En los años previos a la Segunda Guerra Mundial, millones de coreanos fueron a Japón para trabajar en las fábricas de municiones y muchos de ellos se quedaron en el país después de 1945. Durante los años de la burbuja de finales de la década de 1980, cuando los jóvenes japoneses empezaron a desdénar los llamados «trabajos 3k» –*kitsui*, *kitanai*, *kiken*: duros, sucios, peligrosos–, se permitió silenciosamente la entrada de miles de trabajadores de la construcción de países como Irán y Bangladesh, mientras que para el sector del «entretenimiento» fueron reclutadas filipinas. Cuando terminaron las vacas gordas, estos trabajadores fueron enviados, con la misma tranquilidad, de vuelta a sus países de origen. Pero una combinación de factores –la recuperación económica, la demografía y la reticencia corporativa a ofrecer trabajos «de por vida» bien remunerados– ha convertido la inmigración a gran

³⁵ Como de costumbre, el cargo inicial fue menor: no informar de los pagos retributivos que la junta de Nissan había firmado. Ghosn fue arrestado de nuevo por cargos más graves. Con la fuga de Ghosn de Japón, es posible que el caso nunca llegue a juicio, aunque los fiscales pueden consolarse con la confirmación de su tesis de que realmente había un riesgo de fuga.

³⁶ El control japonés de los activos básicos incluye en gran medida tecnologías patentadas; las empresas harán lo que tengan que hacer para evitar compartir tecnologías innovadoras importantes. Las mejoras económicas de los últimos años han reducido la amenaza de que los ingenieros japoneses cualificados se vean empujados a la jubilación anticipada por empresas que buscan reducir costes laborales, y que muchos fichen por empresas en el extranjero, sobre todo en China y Taiwán.

escala en un hecho, tanto en el sector manufacturero como en el de los servicios. En las grandes ciudades, el personal no japonés –cajeros, camareros, etcétera– empleado en tiendas de barrio, restaurantes y otros pequeños comercios minoristas es visible por todas partes. Los oficios de la construcción y el grueso de la actividad manufacturera (los proveedores de los proveedores de los proveedores, sujetos como están a una competencia aplastante y a una presión implacable para reducir costes) están cada vez más poblados de inmigrantes. La empresa arquetípica de este sector era antaño un negocio familiar en algún lugar del extrarradio de alguna de las grandes megalópolis –Tokio/Yokohama; Osaka/Kobe; Nagoya; Hiroshima; Fukuoka/Kita-Kyushu– o a lo largo de las costas que las conectan, y el propietario empleaba a una mezcla de parientes y jóvenes locales que no habían pasado mucho más allá de la escuela secundaria³⁷. Pero la gente del lugar ya no está dispuesta a trabajar en esos establecimientos o no por los salarios que se ofrecen. Así que los dueños se han vuelto hacia los inmigrantes, que sí lo están.

El *establishment* japonés está decidido a que los inmigrantes no se conviertan en un problema político, como ha sucedido en Estados Unidos y Europa, ya sea en el sentido de que los propios inmigrantes desafíen el orden establecido (el radicalismo islámico en la *banlieue* parisina) o en el de provocar el tipo de reacciones populistas antiinmigración que contribuyeron al Brexit y a la elección de Donald Trump. La geografía ayuda: Japón es un país insular demasiado alejado de sus vecinos como para que se dé el tipo de flotillas de refugiados que cruzan desde Turquía al archipiélago griego, o desde Libia hacia Italia. Pero también se utilizan otras tácticas. Mientras investigaba para este artículo, hablé con el presidente (japonés) de una empresa que suministra mano de obra inmigrante a empresas del sector automovilístico. Su negocio es legal (si bien algunos de sus competidores operan fuera de la ley) y cuenta con el apoyo del gobierno local, pero me pidió que no revelara su nombre. Según me explicó, había una clara preferencia por aquellos inmigrantes que tuvieran al menos una parte de herencia japonesa, como los japoneses-brasileños, por ejemplo, o los filipinos de padre o madre japoneses. Se hacen esfuerzos para socializar a los niños como japoneses, a través de la escolarización y otras actividades similares. Los trámites de visado

³⁷ La famosa serie de películas, *Otoko wa Tsurai yo!* [«Es duro ser un hombre»] –la serie de películas más extensa y longeva a escala planetaria– describe la vida en este sector de la pequeña manufactura. El cuñado honrado de la estrella de la serie (el vagabundo y buscavidas Tora-san) encarna la figura del típico empleado.

son muy estrictos: muchos trabajadores entraron en Japón con algún tipo de visado de formación o educación. El propio modelo comercial que permite a su empresa operar implica que el riesgo de una crisis recae en su empresa y en sus trabajadores, no en sus clientes o en los gobiernos municipales, que de otra forma podrían quedar desbordados por la asistencia social. (En marzo de 2019 confesó que le preocupaba la caída de los pedidos; hasta finales de 2017, su empresa apenas podía mantener el ritmo de la demanda).

IV. *Preservar la cohesión social de Japón.* Los gobernantes de Japón consideran que esta es tal vez su tarea más importante y, frente al ejemplo de sus homólogos de los países desarrollados, hay que darles en esta materia una nota bastante alta. Al abordar la cuestión de por qué no ha habido en Japón nada comparable al Brexit, a Trump o Le Pen, Gregory Noble ha sugerido que dos de los principales catalizadores del populismo de derechas –grupos de inmigrantes muy visibles que se considera que «roban puestos de trabajo» y amenazan las costumbres tradicionales, y una elite cosmopolita que parece dar prioridad a la globalización por encima de los intereses de la población nacional– están básicamente ausentes en Japón³⁸. Existe, por supuesto, una extrema derecha, y algunos sitios web están colapsados con comentarios xenófobos, dirigidos especialmente a los coreanos; pero los agitadores rara vez se acercan a las palancas de poder. Una excepción podría ser la de Shintaro Ishihara, exgobernador de Tokio, que contribuyó a desencadenar el enfrentamiento con China por las islas Senkaku/Diaoyudao. Pero, en general, políticos como Koizumi y Abe han demostrado ser expertos a la hora de cooptar la agitación derechista sin que las relaciones de poder tradicionales se vean amenazadas.

Más alarmante para la clase dirigente de Japón es la negativa de tantos jóvenes de ambos sexos a formar familias y tener hijos. Hay espasmos de auténtica ira contra las mujeres jóvenes que no quieren volver a ser «buenas esposas y madres sabias» –la aspiración oficial de antes de la guerra–, o contra los hombres «herbívoros» (*sōshoku-kei danshi*), que se niegan a casarse y a engendrar la raza. Hay muchas razones que explican la bajísima tasa de natalidad japonesa, entre ellas la reacción de las hijas de las mujeres que, durante la posguerra, fueron arrancadas de las extensas redes femeninas basadas en el parentesco de las que habían disfrutado sus madres y abuelas, para quedar encerradas en pequeñas

³⁸ Véase la conferencia de Gregory Noble, «Is Japan Susceptible to Populism?», Temple University Japan Campus, 17 de octubre 2017; disponible en YouTube.

viviendas aisladas en las afueras de cualquier ciudad, encargadas de cuidar a los niños pequeños y a veces también a los suegros ancianos, con maridos que rara vez estaban en casa. Millones de mujeres jóvenes, al ver el tipo de vida que se les estaba trazando, optaron simplemente por renunciar, ayudadas por el aumento del nivel de vida y las oportunidades de trabajo de los años de bonanza. El comienzo del estancamiento económico, en la década de 1990, convirtió lo que era una opción en una necesidad: las mujeres no tenían otra que trabajar. Mientras tanto las empresas, comprometidas con el mantenimiento del «empleo de por vida» para los *seishain* existentes, comenzaron a contratar mujeres como empleadas «temporales».

El resultado fue la disminución simultánea del empleo «regular» y la creciente feminización de la fuerza de trabajo. En Japón, sin embargo, esto no ha ido acompañado de una ideología generalizada de «*lean-in*» o afán competitivo, que vendría a sostener que el empoderamiento de la mujer pasa por ponerse a disposición de un jefe. Es cierto que hoy en día se escucha este tipo de discurso, pero sobre todo en boca de un pequeño grupo de mujeres occidentalizadas de clase media-alta, que se quejan –con razón– de que siguen estando excluidas de la mayoría de los puestos de poder real en la sociedad japonesa. Las mujeres de los niveles socioeconómicos más bajos (que representan la mayor parte del aumento de la participación de la mujer en la fuerza laboral) generalmente trabajan porque no tienen otra opción. Si están casadas, sus maridos, probablemente también trabajadores «temporales», no ganan lo suficiente como para mantener ni siquiera un modesto nivel de vida de clase media. La clase dirigente de Japón tolera a regañadientes la situación, ya que la única alternativa fácilmente disponible, la reflación, podría socavar sus prerrogativas como clase dirigente, sobre todo y en especial, como hemos visto, al amenazar el control social encarnado en la institución del *seishain* y el «empleo de por vida».

Gobierno de un solo partido

¿Qué planea hacer Abe con los años que le quedan en el *kantei*? Cuando ganó en 2012, muchos (yo entre ellos) temían la posibilidad de un completo resurgimiento derechista. Sin embargo, ni los sueños de los más fervientes partidarios de Abe ni los temores de sus oponentes se han materializado todavía. La Ley de Secretos Oficiales aprobada en 2013 dio al gobierno el poder de poner una etiqueta de «clasificado» sobre cualquier documento, y de procesar a cualquiera que, incluso sin saberlo,

difundiera información «clasificada». Hasta la fecha, ningún periodista ni cualquier otra persona ha sido arrestada en virtud de estas disposiciones, ni tampoco se ha intimidado significativamente a los medios de comunicación de la oposición, sean o no de izquierda, incluido el *Asahi Shimbun*. Abe también ha logrado situar a abiertos derechistas en los niveles superiores de la NHK, la red de televisión nacional. Pero no ha habido un enfrentamiento definitivo con China por las islas en disputa, ni, de hecho, por ningún otro motivo. Abe no ha reanudado el culto en el santuario de Yasukuni, con su museo que glorifica a criminales de guerra convictos.

En el verano de 2019 –en vísperas de las elecciones a la Cámara Alta– el gobierno de Abe sí adoptó una medida agresiva y potencialmente peligrosa contra Corea del Sur: restringir las exportaciones de productos químicos especializados, esenciales para la fabricación de pantallas de teléfonos inteligentes y semiconductores, dos productos coreanos clave. La explicación oficial mencionaba el temor de que los productos químicos en cuestión pudieran terminar en armas norcoreanas. En realidad, sin embargo, como todo el mundo en ambos países entendía, se trataba de una represalia por una decisión del Tribunal Supremo de Corea del Sur según la cual Mitsubishi Heavy Industries seguía estando obligada a indemnizar a los trabajadores coreanos forzados a trabajar para la empresa durante la Segunda Guerra Mundial. Sin embargo, al poco tiempo, Seúl y Tokio habían empezado a dar marcha atrás con respecto a la confrontación abierta, en particular cuando se hizo evidente, incluso para los leales a Abe, que el principal beneficiario de la misma sería China³⁹. De hecho, todo este asunto constituye un ejemplo más de un patrón que ha marcado el mandato de Abe desde que reapareció como presidente del PDI en 2012, y que consiste en impulsar una de sus apreciadas nociones derechistas hasta que el coste político o económico empieza a doler.

En el frente económico, Abe sabe perfectamente que, sin un cambio de rumbo, Japón seguirá derivando lentamente hacia una cómoda decadencia marcada por el crecimiento débil, el envejecimiento de la población y la retirada, una industria tras otra, de todos aquellos sectores que las empresas japonesas en su día dominaron. Abe parece creer que la única manera que tiene Japón de evitar convertirse en un Estado

³⁹ Lee Jeong-ho, «How China Can Win a “Trade War” between Japan and South Korea», *South China Morning Post*, 10 de julio de 2019.

tributario de China pasa por un comportamiento cada vez más servil hacia Washington. De hecho, la adulación que Abe ha mostrado hacia Trump –al que ha llegado a nominar para el Premio Nobel de la Paz– es tan exagerada que la mayoría de los japoneses se la toman a broma, tratándola como un papel que Abe siente que tiene que escenificar. De hecho, desde su niñez, Abe se ha pasado la vida tratando de obtener indulgencias de hombres mayores y poderosos poseídos por mitologías de extrema derecha⁴⁹. Primero fue su abuelo Kishi, mano derecha de Tojo y fundador del PDI, de quien el joven Abe heredó la sensación de que toda la panoplia de la «alianza» norteamericana (las bases estadounidenses situadas en Japón, así como todas esas reformas «no japonesas» que el país tuvo que aceptar a cambio de que los estadounidenses pusieran fin a la ocupación) era un expediente temporal, que debía soportarse hasta que Japón pudiera tomar de nuevo las riendas de su destino.

No hay prueba alguna de que Abe haya leído la *Teoría general de la ocupación, el interés y el dinero* o el *Tratado del dinero* de Keynes, ni mucho menos los *Ensayos sobre la teoría del crecimiento económico* de Robinson o el *John Maynard Keynes* de Minsky. Pero seguro que tiene presente a Takahashi Korekiyo, el ministro de Finanzas durante la década de 1930, que fue etiquetado retrospectivamente como el «Keynes japonés» por sacar a Japón de la camisa de fuerza deflacionaria a la que sus predecesores ortodoxos, obsesionados con el retorno al patrón oro, habían condenado a su país. Las medidas de Takahashi proporcionaron a los militares los medios económicos para librar una guerra (un argumento elegantemente expuesto por Blyth en *Austerity: The History of a Dangerous Idea*), aunque él mismo fue asesinado como muestra de agradecimiento por haber tenido la temeridad de sugerir que, una vez que la recuperación estuviera en marcha, el gasto militar debería ser controlado. Abe solo tiene un medio a su disposición para hacer que Japón vuelva a ser el tipo de potencia económica capaz de hacer realidad sus antiguas ambiciones nacionales: repetir lo que Takahashi diseñó, es decir, recurrir a una política fiscal agresiva para reactivar la economía. Por más que no tenga formación en economía, en principio Abe podría haber llegado a esta conclusión mediante un proceso de eliminación.

En cambio, en octubre de 2019 Abe cumplió su promesa de aumentar la imposición sobre el consumo del 8 al 10 por 100. El aumento de la

⁴⁹ Tal y como ha señalado Michael Cucek en su conferencia pública «Reiwa One: A Political Outlook», Temple University Japan Campus, 29 de junio de 2019; disponible en YouTube.

presión tributaria fue una cuestión definitiva en las elecciones de julio de 2019: el PDL estaba a favor y toda la oposición en contra. Abe ya había logrado evitar la subida en una ocasión anterior, y durante un tiempo pareció como si el debilitamiento de la economía le brindara la excusa que necesitaba para contrarrestar favorablemente la determinación de sus asesores del Ministerio de Finanzas de aumentar el impuesto. Las cifras del primer trimestre de 2019 mostraban una tasa de crecimiento anualizada del 2,1 por 100, pero esta obedecía sobre todo a una fuerte disminución de las importaciones que no auguraba nada bueno en cuanto a la recuperación de la demanda interna, de hecho, apuntaba a lo contrario. El crecimiento de los salarios en los cinco primeros meses de 2019 se había estancado de nuevo. A pesar de todo, Abe siguió adelante con la subida. Aunque todavía es demasiado pronto para evaluar todos los efectos que ello produjo, las pruebas del daño que ya ha causado se van acumulando rápidamente. Las ventas al por menor en octubre se desplomaron el 7,1 por 100 con respecto al año anterior, lo que supone el mayor descenso en casi cinco años, y el gobierno ha tenido que preparar un paquete de estímulo de emergencia de 13 billones de yenes para detener el rápido deterioro económico. Que el aumento de los impuestos probablemente termine *reduciendo* los ingresos fiscales al frenar la economía no es una noción que Abe y sus asesores parezcan capaces de considerar. Es probable que los reflacionistas del Banco de Japón se inquietaran en privado por los riesgos económicos (Wakatabe ha declarado específicamente que impulsar el crecimiento del PIB nominal ayudaría a resolver muchos de los problemas de Japón). Incluso Kuroda, por muy ardiente discípulo de Fisher que pueda ser, probablemente acepte ahora que la política monetaria por sí sola no revitalizará Japón tanto como pretenden sus superiores nominales en el *kantei*. Públicamente, se ha limitado a afirmar (si quería conservar su puesto, realmente no tenía otra opción) que el Banco de Japón dispone de las herramientas necesarias para compensar los efectos deflacionarios del aumento de la imposición sobre el consumo.

La principal realidad política del Japón actual –la ausencia de una oposición creíble– sobrevivirá al mandato de Abe. Las elecciones de julio de 2019 no hicieron sino corroborarlo. El PDL ganó, no gracias a un gran entusiasmo por parte de los votantes, sino porque estos no veían una alternativa clara. De hecho, la táctica de campaña más potente del PDL parece haber sido un enfoque del tipo «¿por qué arriesgar la estabilidad?». Abe es a la vez arquitecto y beneficiario de este estado de cosas: ha aprovechado la desilusión generalizada con el gobierno del PDJ y se ha empleado a

fondo para asegurar que en un futuro previsible ninguna oposición de ese cariz pueda volver a tomar el control. Koichi Nakano ha escrito eloquentemente sobre las consecuencias de la desaparición de una oposición capaz de asumir las riendas del poder en Japón. Ya en la década de 1980 gran parte de la antigua oposición institucional al orden japonés de la posguerra (el Partido Socialista de Japón, el Consejo General de Sindicatos [*sōhyō*], las facultades de Ciencias Sociales de las universidades, los maestros de escuela y su sindicato [*Nikkkyōso*], las publicaciones de alto nivel como *Chūō Kōron*, etcétera) había degenerado en meras tertulias, cuyo desdén por el meollo de la política acabó fortaleciendo, paradójicamente, la estructura de poder existente. Pero Nakano sostiene que la existencia misma de aquellas instituciones actuaba en el Japón de antaño como un control de lo que el nexo oficial de la clase dirigente –burocracia empresarial-burocracia del PDL– podía permitirse. Ahora que esas instituciones se han desmoronado, los controles han desaparecido⁴¹.

De este modo, la oposición que importa hoy en día –por así decirlo, la oposición dispuesta a hacer lo que sea necesario para «hacer a Japón grande de nuevo»– proviene del interior de la estructura de poder: de los enjambres de zombis del Ministerio de Finanzas, que tratan de convertir su país en la economía de los muertos vivientes; de las burocracias empresariales, temerosas de la competencia y del cambio; y de una clase dirigente envejecida, decidida a aferrarse a sus privilegios. Esto tiene todos los ingredientes de la tragedia, ya que puede que no haya nadie en la tierra más adecuado que los japoneses para averiguar cómo podemos todos llevar una vida decente en un mundo cuyos límites finitos se hacen cada vez más evidentes y cada vez más apremiantes. Como dijo una vez Edward Abbey, «el crecimiento por el crecimiento es la ideología de la célula cancerosa». En última instancia, no puede sino parecer una traición a la herencia cultural de una nación cuyo regalo potencial para el resto de nosotros bien podría residir en una economía de la contención y el comedimiento, que privilegiaría la sensibilidad histórica tan exquisitamente ajustada de Japón a los matices de la naturaleza y de nuestros semejantes.

⁴¹ Koichi Nakano elabora esta idea en «Neoliberal Turn of State Conservatism in Japan: From Bureaucratic to Corporatist Authoritarian Legality», en Hualing Fu y Weitseng Chen (eds.), *Authoritarian Legality in Asia: Formation, Development and Transition*, Cambridge, 2020. Fue Nakano quien me alertó sobre la importancia del nombramiento en 2009 del deflacionista Fujii como ministro de Finanzas por parte de Hatoyama.

Clase, pueblo y nación

Nuevos bloques
históricos antisistémicos
en la crisis
del Estado español

Carlos Prieto
del Campo

BRUMARIA

"No es fácil de leer, pero el análisis sin complejos de Carlos Prieto del Campo sobre la formación social española en clave histórica para afrontar el significado y la operatividad política de nociones complejas como clase, pueblo y nación es extremadamente valioso".

PABLO IGLESIAS

Editorial: BRUMARIA
Colección: Logaritmo Amarillo, nº 14
Disponible: bit.ly/B_LA14
PVP: 13 €

El presente volumen indaga acerca de la cuestión nacional y el desmesurado espacio que ocupa en la coyuntura política española, hecho que refleja las dificultades encontradas a la hora de construir sujetos políticos fuertes capaces de medirse con la actual governance neoliberal mediante el diseño de proyectos de clase sofisticados y bien articulados.

En un horizonte de transformación radical de las relaciones de poder realmente existentes, el vaciamiento del contenido de clase de la política actual y las dificultades momentáneas a la hora de construir alternativas antisistémicas por las fuerzas del cambio desembocan sin remedio en el laberinto de las políticas de la identidad enunciadas en el lenguaje liberal de los derechos civiles. Entretanto, las duras estrategias de dominación neoliberal laminan las condiciones mínimas de garantía de los derechos fundamentales de amplias mayorías de las clases trabajadoras tanto en España como en el conjunto de la Unión Europea.